

EL SIGLO DE LOS
DICTADORES



Bajo la dirección de
Olivier Guez

EL SIGLO DE LOS DICTADORES

Traducción de Silvia Kot

 *Editorial El Ateneo*

Guez, Oliver

El siglo de los dictadores / Oliver Guez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2020.
512 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.
ISBN 978-950-02-1055-3

1. Historia. 2. Dictadura. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.
CDD 940

El siglo de los dictadores

Olivier Guez

Título original: *Le siècle des dictateurs*

© Copyright (2009) Perrin

Traducción: Silvia Kot

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina.

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2020

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Edición: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Diseño de interior: María Isabel Barutti

1ª edición: octubre 2020

ISBN 978-950-02-1055-3

Impreso en Arcángel Maggio - División Libros,
Lafayette 1695,
ciudad de Buenos Aires,
en octubre de 2020.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

*“Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la publication
Victoria Ocampo, a bénéficié du soutien de l'Institut français d'Argentine”.*

“Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la publicación
Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Institut français d'Argentine”.

Índice

Prefacio, por <i>Olivier Guez</i>	9
1. Lenin, el profeta del totalitarismo, por <i>Stéphane Courtois</i>	21
2. Mussolini, del rojo al negro, por <i>Frédéric Le Moal</i>	41
3. Stalin, el “Lenin de hoy”, o cómo Stalin se convirtió en Stalin, por <i>Nicolas Werth</i>	59
4. Adolf Hitler, el demonio de Alemania, por <i>Éric Branca</i>	83
5. Franco, el indestructible, por <i>Éric Roussel</i>	109
6. Philippe Pétain, <i>dictator est qui dictat</i> , por <i>Bénédicte Vergez-Chaignon</i>	127
7. Tōjō Hideki, ¿dictador o chivo emisario?, por <i>Pierre François Souyri</i>	143
8. Tito o el gran bluf, por <i>Jean-Christophe Buisson</i>	163
9. En el país de los tres Kim, por <i>Pascal Dayez-Burgeon</i>	185
10. Mao, la tiranía de la sinrazón, por <i>Rémi Kauffer</i>	203
11. Enver Hoxha, el último estalinista, por <i>François-Guillaume Lorrain</i>	223
12. Alfredo Stroessner, el patriarca autárquico, por <i>Emmanuel Hecht</i>	243
13. Los Duvalier, la tentación de lo peor, por <i>Catherine Ève Roupert</i>	259
14. Fidel Castro: la obsesión del poder, por <i>Elizabeth Burgos y Laurence Debray</i>	279
15. Joseph-Désiré Mobutu, el depredador de Zaire, por <i>Jean-Pierre Langellier</i>	299

16. Muamar el Gadafi: el naufragio del beduino,
por *Vincent Hugeux* 319

17. Erich Honecker, el Gran Timonel de la República
Democrática Alemana, por *Patrick Moreau* 339

18. Augusto Pinochet, tirano liberal, por *Michel Faure*. 365

19. Pol Pot: Camboya rojo sangre, por *Jean-Louis Margolin* 383

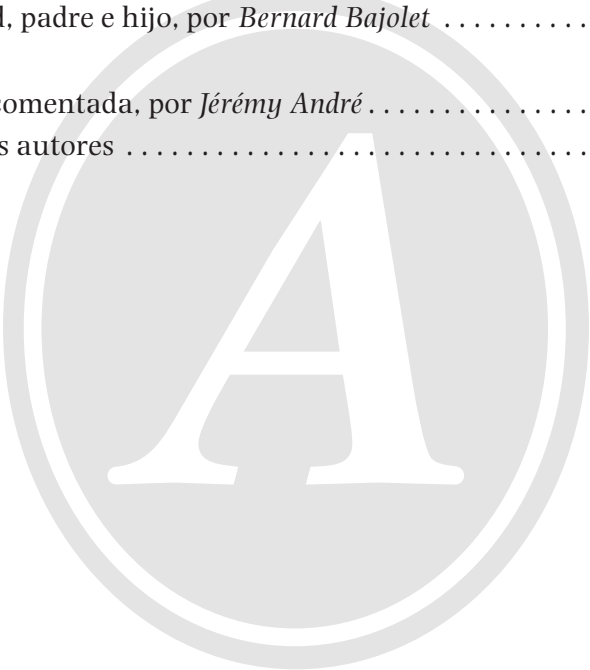
20. Jomeini: al servicio de Dios, por *Christian Destremau* 405

21. Sadam Husein, el bandido de Bagdad, por *Jérémy André* 421

22. Los Ásad, padre e hijo, por *Bernard Bajolet* 439

Cronología comentada, por *Jérémy André* 467

Acerca de los autores 503



Prefacio

Olivier Guez

La primera vez, fue en un tren, una noche de noviembre de 1984. Me desperté sobresaltado por unos ladridos. Entreabrí la cortina del compartimento, apenas una hendija. Grandes botas se movían frente a la ventana empañada y unos uniformes de color verde grisáceo patrullaban el andén, llevando perros con correas. Sus linternas registraban el tren hundido en las tinieblas. Algunos, en cuclillas, escrutaban los ejes; otros, los espacios entre los vagones, “buscando espías”, les dije a mis hermanas al día siguiente: yo tenía diez años. Acabábamos de entrar a la República Democrática Alemana, en camino a Berlín Oeste: era mi primer contacto con una dictadura y con un dictador: un anciano de cabellos blancos peinados hacia atrás, el rostro plácido, recortado por austeras gafas de carey. Un retrato gigantesco de Erich Honecker adornaba el andén de la estación desconocida.

La segunda vez, fue en Praga, cuatro años después, en el ocaso de la Guerra Fría. No recuerdo si la efigie del secretario general del Partido Comunista, Miloš Jakeš, se exhibía en los muros de la ciudad, pero me acuerdo de ese clima asfixiante, las personas esquivas y sus rostros nerviosos cuando les pedíamos alguna información anodina. El barrio del Castillo estaba patrullado por la policía y la milicia.

La tercera vez, fue en el trópico, en la primavera de 2002. Cuba moría de hambre, muchos vendían a sus hijas por un puñado de dólares a los turistas europeos, pero se dedicaban inmensos recursos a la propaganda del régimen. La isla estaba tapizada de íconos del Che, de eslóganes a la gloria de la Revolución, y algunos museos, a veces minúsculos, en las aldeas, reproducían la epopeya de Fidel y sus

barbudos en la Sierra. El pasado, anterior a la Revolución, no existía, como si Cuba hubiera surgido de las aguas el 1º de enero de 1959, el día en que echaron a Batista. El 11 de abril de 2002 hubo un intento de golpe de Estado contra Hugo Chávez, el presidente venezolano, aliado del régimen. Fidel Castro pronunció un discurso de varias horas, como era su costumbre, que fue transmitido en directo por todas las televisoras y radios del país. Al día siguiente, las ocho páginas del *Granma*, el diario del Partido Comunista, se dedicaron a publicar el discurso completo del viejo dictador.

Entre Praga y La Habana, estudié en Londres. Cuando murió Deng Xiaoping, el 19 de febrero de 1997, corrí a ver a mi amigo Ammer, que vivía en el otro extremo del sexto piso de nuestra residencia. En la primera plana de *Libération*, el retrato en blanco y negro del Pequeño Timonel (1,52 m) era tan llamativo que se nos ocurrió una idea (lamentable): tapizar nuestro corredor con pósteres de dictadores. Así, durante meses, la puerta de mi cuarto exhibió el rostro de Sadam Husein. Nuestra colección de déspotas se parecía al índice de este libro... aunque faltaban los morenos y los negros: nuestra incorrección política (o más bien nuestra imbecilidad) tenía sus límites. La muerte de Deng Xiaoping clausuró un siglo xx sangriento y mortífero, enlutado por los crímenes de Hitler, de Mao y de Stalin, y de tantos autócratas, en todos los continentes.

Desde Pisístrato, el primer tirano de la Grecia arcaica, algunos hombres ejercen ferozmente su poder personal, fuera de todo control y toda ley, en contra de sus tribus. Existieron césares romanos, como los sanguinarios Calígula y Nerón, déspotas más o menos ilustrados, soberanos absolutistas y carniceros brutales como Qin Shi Huang, el primer unificador imperial de China, que enterraba vivos a los estudiosos confucianos, y de quien Mao se consideraba el heredero; o Muhammad Tughluq, sultán de Delhi, que destruyó su capital por puro gusto. Pero nunca proliferaron los dictadores como en el siglo pasado, como si el progreso y la técnica, sus dos matrices, se hubieran vuelto contra él. A

mediados del siglo, el Estado moderno se basaba en una organización piramidal hiperestructurada y centralizada de tipo burocrático, que poseía el monopolio de la violencia “legítima” e instituciones onerosas y complejas, las telecomunicaciones y el complejo militar-industrial. Cuando ese aparato tentacular pasó a manos de los dictadores, se desencadenó la violencia con una intensidad sin precedentes.

Todos eran hombres. Insomnes, ascetas o sexópatas, impasibles o explosivos, a menudo de baja estatura (Kim Jong-il, Lenin, Stalin, Franco y Mussolini medían menos de 1,70 m), les encantaba pavonearse en uniforme, llenos de medallas y de títulos rimbombantes, con aire marcial, recelosos, siempre amenazantes. El Führer, el Duce, el Padre de los Pueblos, el Gran (y el Pequeño) Timonel, el Líder, el Caudillo, el Guía, el Benefactor o el Conducător... Todos ellos marcaron la historia del siglo xx: el siglo de los dictadores.

En su origen, no eran nada o casi nada. Iluminados, marginales, opacos; agitadores o militares frustrados, que hervían de impaciencia en acantonamientos de provincia: esos fracasados mitómanos y revanchistas nunca se habrían acercado al poder sin un empujoncito del destino. Los dictadores siempre surgen del caos –guerras, revoluciones, crisis económicas–. La Gran Guerra fue la matriz de la barbarie europea del siglo xx. Cuando estalló, Lenin, Hitler y Mussolini bendijeron al cielo. Cuando finalizó, derrotados o victoriosos, los combatientes que habían sobrevivido a cuatro años de fuego graneado, de bombardeos aéreos y ataques con gas en las trincheras, volvieron del frente desesperados, convencidos de que los habían engañado. El mundo viejo –la “civilización de las costumbres”, de la que hablaba Norbert Elias–, regulado por siglos de civilidad aristocrática, se dislocó. Inmediatamente, en Rusia y después en Italia, algunos años más tarde en Alemania y en casi toda Europa central, después de la Gran Depresión que arruinó a millones de personas y provocó el derrumbe de las repúblicas condenadas a desaparecer, en todas partes, existía el mismo panorama (incluso en España, país que no había participado

en la guerra, y hasta en China, en un contexto diferente): desempleo, inflación, descomposición política, anarquía, ajustes de cuentas (que a veces llegaron a la guerra civil), impotencia de las autoridades. Se imponía un salvador carismático. Las masas, compuestas de individuos furiosos y amargados, estaban listas para el gran vuelco. “En un mundo siempre cambiante e incomprensible, las masas habían llegado al punto en que creían al mismo tiempo en todo y en nada, pensaban que todo era posible y que nada era verdadero”, escribió Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*. A mediados de los años 30, más de la mitad de los Estados europeos estaban dirigidos por déspotas. La guerra total extendió su imperio.

El segundo siglo xx comenzó en los escombros del Berlín nazi. En Europa central y oriental, la Unión Soviética impuso su socialismo totalitario y sus marionetas (salvo en Yugoslavia y en Albania), a la cabeza de las naciones que había conquistado. Destruyó los efímeros sueños de emancipación de Hungría, Checoslovaquia y Polonia. Allí, los dictadores se perpetuaron hasta la caída del Muro.

En Asia, en África y en América Latina, la Guerra Fría y la desintegración de los imperios coloniales fueron los catalizadores de una segunda ola, más roja que negra. Se sucedieron las revoluciones y los golpes de Estado: de las ruinas de la descolonización surgieron hombres “fuertes”, que confiscaron la independencia de sus países, acoplándolos a una de las dos superpotencias. Los Estados Unidos apoyaron a Pinochet, Stroessner, Mobutu y los Duvalier; la Unión Soviética, a Ásad padre, Sadam Husein, Castro y Gadafi. Fueron peones en el gran tablero de su padrino, al que apoyaban en el Consejo de Seguridad de la ONU. A cambio, les garantizaban la estabilidad de su régimen y tenían toda la libertad para atormentar a su población y enriquecerse con absoluta impunidad.

Todos los capítulos de este libro analizan al dictador en el poder. Las primeras semanas son cruciales: el dictador debe imponer su voluntad

de mando, restaurar el orden, transformar la sociedad en un Estado cuartel en el cual él es quien da las instrucciones, como un domador. De inmediato, proscribire a la oposición, censura a los medios de comunicación y a los intelectuales, sus adversarios son deportados, encarcelados, torturados o asesinados. Disemina a sus informantes para espiar a la sociedad y estimula la delación. El guía supremo vigila también a quienes vigilan: nada se le escapará. La población comprende, antes de experimentarlo, que las menores transgresiones serán severamente castigadas: si se mantiene tranquila (y sobre todo, si no interviene en política), podrá gozar de alvéolos de libertad, en familia, en el estadio, a orillas del mar, encerrada en las nuevas residencias que el régimen se dispone a edificar.

Paralelamente, los partidarios del dictador dominan la policía, el ejército y los servicios secretos, y acceden a los puestos más altos. Lo acompañan desde el principio del movimiento y forman una camarilla a su alrededor. Pero ninguna puede implantarse en forma definitiva. El dictador es hábil para urdir intrigas entre sus acólitos y manipular sus luchas de poder. Muchas veces desdobra las funciones de estos y los promueve o los baja de rango, vuelve a promoverlos y un día los elimina. Al cabo de varios años, todos los dirigentes están en deuda con él por la posición que ocupan. Viven siempre alertas: saben que su jefe dispone de su vida y de su muerte.

Pero el déspota no puede limitarse a atemorizar y reprimir. Remodelará la sociedad, construirá ciudades, puentes y autopistas (especialmente entre el aeropuerto y su palacio). Debe ofrecerle pan a la plebe y exaltar la valentía, la alegría y la esperanza, deslumbrándola con un futuro grandioso, el Reich milenario, la aurora comunista después de la Gran Noche (*Grand Soir*), el África unificada, o el islam purificado de la gangrena de la modernidad: un horizonte siempre lejano que habrá que merecer por medio de esfuerzos y sumisión, escribe Elias Canetti en *Masa y poder*. Se embriaga de estadísticas fantasiosas y miente, todo el tiempo e impunemente. “Paz” significa guerra; “solidaridad”, egoísmo; “amor”, odio: vacía las palabras de su sustancia o más bien la vuelve

contra ellas. Halaga la sensación de persecución de los desclasados, que alimenta designando a un enemigo monstruoso, una doble amenaza: el “enemigo extramuros” (en el exterior) y el “enemigo en el sótano” (la oposición, los traidores, los ventajeros, todos los agentes de descomposición que complotan contra la patria), señala Canetti. Emprende la lucha en nombre de una inmensa comunidad, los muertos y los vivos, y a partir de ese momento, el pasado, el presente y el futuro hacen un frente común. Los reúne recurriendo a los mitos fundadores –los romanos, la Reconquista, los primeros germanos, la guerra de los campesinos, los samuráis...–, “promesas y comuniones”, según Roger Caillois. Jamás habla en condicional: siempre en imperativo.

El dictador no es solamente un autor de ficciones: es también un notable actor y director de escena. Desde lo alto de su balcón, desde la tribuna de un estadio, en un congreso del partido único, arenga a su pueblo. Su voz murmura, grita, vocifera: empuña las palabras. Un gran circo acompaña sus apariciones. Los mitos que restaura, la religión de la que es profeta, necesitan pompa, celebraciones, ritos nuevos: algo de *kitsch* y exhibiciones espectaculares. Con gran alboroto, hace desfilar a jóvenes musculosos y muchachas virtuosas, cohortes de soldados, gimnastas y misiles, cargados de flores, emblemas y estandartes, disfrazados para la ocasión. Cada dictadura tiene sus ornamentos, sus uniformes, la camisa negra, la chaqueta Mao, la toca leopardo, y artificios que hacen parecer a sus legiones más fuertes y voluminosas, como antaño en los reinados de África o de Mesoamérica, los déspotas les hacían usar a sus guerreros plumas, tatuajes y máscaras de combate. La nueva era impone trastocar todo: las revoluciones impactan fuertemente en los espíritus, sobre todo porque pretenden remodelar al Hombre y alcanzar lo universal. El gran simplificador impone su lenguaje simbólico, la bandera y la insignia, el discurso, la salvación, el himno, y los sellos postales deben llevar su marca (o su rostro), reconocible y fácilmente reproducible: los estímulos excitan e intimidan.

Por su esencia, el tirano desconfía de los individuos. Desde la cuna hasta el cementerio, trata de encuadrarlos y sueña con fundirlos en

una masa disciplinada. Como en el estadio, afirma Canetti, sabe que los hombres se liberan de su fobia al contacto y de sus tabúes dentro de la masa y que en ella se sienten iguales e invulnerables, “revestidos con una enorme coraza”. La masa los exculpa. Pueden traspasar los límites de su persona y si son bien manipulados, asesinar, en libertad: el sistema los exonerará de su responsabilidad. Con este objetivo, el dictador hace uso y abuso de la propaganda. En el siglo xx, el siglo del Progreso, los periódicos, el cine, la radio y la televisión le han proporcionado medios extraordinarios para violar psicológicamente a las masas. Algunos juegan con el entusiasmo; otros, con los antagonismos o el miedo, pero cualquiera sea su estrategia, esta nunca debe detenerse: la repetición condiciona a las mentes. La propaganda se dirige tanto a la población dominada, como a los observadores (y a los idiotas útiles, sus admiradores) extranjeros.

El dictador es un sobreviviente paranoico. “De todos los hombres, es el que menos quiere morir... la sensación de peligro nunca lo abandona”, escribe Canetti. Por lo tanto, está siempre alerta, al acecho de los complots y las conjuras que se tramam a sus espaldas. “Sus ojos están en todas partes y tampoco se le debe escapar el menor ruido, porque podría contener una intención hostil”. A sus enemigos que se ocultan, les arranca las máscaras inofensivas. Si no los castiga de inmediato, es para hacerlos sufrir mejor más tarde. En el momento que considere adecuado, sabrá explotar el acto desleal exigiendo una sumisión absoluta, una traición, la apostasía. Nadie debe saber qué trama el dictador, ni siquiera su consejero más cercano. Él es el “único que posee la llave de acceso a su complejo sistema de secretos” (Canetti). Penetra en los cuerpos, los hogares y las almas de sus súbditos, pero no se deja penetrar por nadie. El secreto garantiza la sorpresa y mantiene el miedo.

Los hombres temen la soledad y la libertad, que les causan vértigo. Después de haber vivido bajo el imperio de lo divino durante milenios, siguen necesitando creer en algo que los supere. Las dictaduras

se apoyan en ese miedo al vacío y desarrollaron una dimensión mística y religiosa, apenas algunas décadas después de la proclamada muerte de Dios. Muchos dictadores, y los más feroces de ellos, han sido adulados en vida, sobre todo por la *intelligentsia*, como sustitutos del Altísimo. Las iglesias y los templos fueron reemplazados por estatuas monumentales, erigidas a la gloria del déspota.

Los dictadores que se describen y analizan en los excelentes capítulos que siguen me recuerdan a tiburones, pero no todos fueron grandes devoradores de hombres. A pesar de los estragos que causaron, Franco y Honecker nunca nadaron en las mismas aguas que Hitler, Mao, Pol Pot y Stalin, responsables de la muerte de decenas de millones de hombres y de sufrimientos indescriptibles. Hicieron del asesinato un modo de gobierno. Fanáticos dementes, pero cínicos calculadores, como los asesinos seriales, sometieron a sus sociedades a duras experiencias con un placer sádico. Contaron con millones de cómplices oportunistas, insensibles y fríos, como Josef Mengele, el empleado modelo de las fábricas de la muerte nazis.

En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt establece una diferencia entre los tiranos autoritarios y los dictadores totalitarios. Los primeros están limitados a una población y recursos relativamente reducidos, mientras que los segundos disponen de un “material humano” considerable. “Se necesita una materia prima casi inagotable para alimentar la maquinaria de la dominación total”, escribe. La Alemania hitleriana se volvió totalitaria después de apoderarse de gigantescos territorios en el Este durante la guerra. Tras esas conquistas, masacró a millones de civiles, fuera de los frentes y en sus campos de exterminio. Los dictadores totalitarios piensan en continentes y en siglos (y hasta en milenios). Moldean la Historia, en busca de un imperio planetario, incluso a costa de la autodestrucción: todos están dispuestos a sacrificar los intereses del régimen y de sus países a los de su poder personal. El Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural de Mao hundieron a China en el caos; las purgas de Stalin debilitaron considerablemente

al Ejército Rojo en vísperas de la “Operación Barbarroja”; el transporte y la logística movilizaron enormes recursos del Tercer Reich mientras Alemania estaba perdiendo la guerra. Idas y vueltas, virajes, improvisaciones quiméricas, locura furiosa. La razón de Estado desaparece: los dictadores totalitarios siguen sus pulsiones, sus políticas antiutilitaristas, sus realidades ficticias (las leyes de la naturaleza: la raza; las leyes de la Historia: el materialismo), fijan objetivos insensatos, indiferentes a las consecuencias humanas, materiales y del medioambiente. Infalibles, ególatras, llevan hasta el paroxismo el absolutismo del poder absoluto.

“El dirigente totalitario debe evitar a toda costa que se produzca una normalización de la que surja un nuevo modo de vida”, señala Hannah Arendt. En la Alemania de Hitler, en la Unión Soviética de Stalin, en la China de Mao, la calma es siempre precaria. Los dictadores, inquietos, imprevisibles, siempre encuentran nuevos obstáculos a eliminar y las normas de selección de las víctimas se radicalizan. Depurar, purificar: la maquinaria es insaciable. Después de desembarazarse de sus competidores y de sus oponentes, los tiranos lanzan la caza de los “enemigos objetivos”, designados según las circunstancias y pronto amenazan a los ciudadanos inofensivos, casi siempre elegidos al azar. Hay que respetar las cuotas de arresto: nadie es nunca totalmente inocente. “El *sospechoso* incluye a toda la población... El castigo ya no es en función del crimen..., una conducta ejemplar no pone a cubierto”. Al amanecer, la policía secreta ejecuta las tareas sucias, reina el terror.

El gulag soviético, el Laogai chino, Auschwitz, Treblinka... El arma letal de los dictadores totalitarios son los campos (de trabajo, de reeducación, de concentración, de exterminio). Rapados, numerados, hambrientos, los deportados son empujados a sus últimos refugios. Mueren de agotamiento o asesinados por una bala en la nuca o, en forma industrial, en las cámaras de gas. Los campos destruyen a la persona y la dignidad humanas, de manera fría y sistemática. Los muertos apilados en fosas comunes son privados de sepultura. Los cuerpos desaparecen,

reducidos a cenizas, en los hornos crematorios nazis. Ninguna guerra ha masacrado nunca a tantos hombres como los dictadores totalitarios en el siglo pasado.

Dos dictadores de este libro están todavía en el poder: Bashar al-Ásad y Kim Jong-un, hijos de sus padres. Híbridos de marxismo y monarquía absoluta de derecho divino, los comunistas forman a veces dinastías. En Cuba, Raúl Castro reemplazó a su hermano al frente del Estado. En Irán, el ayatolá Jamenei dirige la teocracia chiita tras la muerte de Jomeini, su fundador, hace treinta años. En otros países, después de la ola democrática del final del siglo xx, que alimentó la ilusión, efímera, del fin de la Historia, los dictadores, Putin, Erdoğan, Al-Sisi, están de regreso o nunca abandonaron la escena, como los petro-monarcas del Golfo. En el Levante, fracasó un intento de Estado totalitario islámico; su dictador, el “califa” Al-Baghdadi, está prófugo. En Europa, surgen “demócratas iliberales”, de baja intensidad, que concentran los poderes o establecen un sistema que les permite concentrar todos los poderes manteniendo una fachada de democracia. Es cierto que en la mayoría de esos países se vota, pero antes de las elecciones, el poderoso se arregla para descalificar a sus adversarios más serios y luego, si los resultados lo decepcionan, encuentra un pretexto para anularlas.

“Estamos condenados a vivir en el mundo en el que vivimos. Es una condición demasiado austera y demasiado contraria al espíritu de las sociedades modernas como para que pueda durar”, escribió François Furet como conclusión en *El pasado de una ilusión*. En todas partes, incluso en las democracias más antiguas, se ven avances autoritarios, brotes fascistoides. La globalización –turbocapitalismo, grandes migraciones, calentamiento climático, nuevas tecnologías– angustia a los pueblos. Buscan certezas, referencias, jerarquías, en un mundo conmocionado por una crisis de modernidad comparable a las que se produjeron después de las dos primeras revoluciones industriales. Como sus tristes predecesores, los hombres “fuertes” o presuntamente

tales, proponen soluciones simples para problemas cada vez más complicados. Se articulan en torno a tres pilares: la seguridad, la identidad y el consumo, un tríptico que se despliega desde el Brasil hasta los Estados Unidos, desde Japón hasta Hungría. Recordemos la cita de Hannah Arendt al comienzo de esta introducción: “En un mundo siempre cambiante e incomprensible, las masas habían llegado al punto en que creían al mismo tiempo en todo y en nada, pensaban que todo era posible y que nada era verdadero”.

En estos últimos años, apareció otro tipo de dictador. Su reino no tiene capital ni frontera, pero reina sobre más de dos mil millones de individuos. Opiniones políticas, preferencias sexuales, círculos de amigos; vidas profesionales, poder de compra, *hobbies*; secretitos, vacaciones de verano: gracias a Facebook, WhatsApp, Instagram... el imperio de las redes posee más informaciones sobre sus súbditos que Stalin en la época de las grandes purgas. Sus algoritmos son la policía secreta del tercer milenio. Es riquísimo y esquiva los impuestos, vende los datos de sus usuarios a oficinas sospechosas y se apresta a lanzar su propia moneda. Ningún contrapoder se alza frente a él. Le impone al planeta sus códigos, su esteticismo y sus valores puritanos: integristas islámicos que decapitan a rehenes antes que un seno desnudo. Las redes ponen en peligro el equilibrio del mundo y transforman la naturaleza humana a una velocidad pasmosa. Hombres, mujeres y niños nos volvimos dependientes de las emociones virtuales que suscitan.

Pekín, otoño de 2018. Un retrato gigantesco de Mao espía la entrada de la Ciudad Prohibida y la plaza Tiananmén, cuyos faroles están equipados con decenas de cámaras de vigilancia. En la autopista, desde la salida del aeropuerto, los vehículos son fotografiados a intervalos regulares. En Baidu, el motor de búsqueda chino, no hay el menor rastro de los acontecimientos de 1989: nunca existieron. También es imposible leer un diario extranjero, salvo el deportivo *L'Équipe*. Para comunicarse con el mundo exterior, hay que pasar por Wechat, el servicio

de mensajería de Tencent, el gigante local de la web. Mil millones de chinos se conectan a él día y noche, para comunicarse, pagar sus facturas, reservar un pasaje de tren o cobrar su salario. En China, Wechat es la vida, pero Wechat colabora con el régimen: puede tomar todos sus datos, a voluntad, como si Zuckerberg y Trump compartieran el Salón Oval de la Casa Blanca. Los centenares de millones de cámaras que atraviesan el país están equipadas con programas de reconocimiento facial y conectadas con una gran computadora central, capaz de escanear a los 1 370 millones de chinos en un segundo y registrar su comportamiento: a cada uno le corresponde un número de 18 cifras. Xi Jinping, el secretario general del Partido único que gobierna a China desde hace setenta años, fue nombrado presidente vitalicio y su pensamiento está inscrito en la Constitución, como el de Mao. China es el único Estado totalitario que se reformó sin autodestruirse.

El mejor de los mundos, Big Brother, el Estado único de Zamiatin: de eso se trata. La tecnología les ofrece a los dictadores del siglo XXI medios con los que sus predecesores no habrían soñado.

“Es notable que la dictadura sea hoy contagiosa, como lo fue en el pasado la libertad”, escribió Paul Valéry en *Miradas al mundo actual*. Este libro, que no tiene precedentes, no es solo un libro de historia, sino de gran actualidad. Es el fruto de un trabajo de equipo de varios años. Las colaboraciones de mis colegas, historiadores referentes, intelectuales y periodistas de envergadura, son extraordinarias tanto por su estilo, como por su rigor. Debemos agradecerles por ello.

Lenin, el profeta del totalitarismo

Stéphane Courtois

En aquel frío enero de 1886, en la pequeña ciudad de Simbirsk, situada sobre el Volga y perdida en el fondo de la inmensidad rusa, a 1500 kilómetros de la capital San Petersburgo, una procesión se dirigía hacia la catedral ortodoxa. Los notables y jóvenes maestros acompañaban los restos de Iliá Uliánov, inspector regional de escuelas, ennoblecido por el zar, que había fallecido a los cincuenta y tres años de un ataque cerebral, delante de su esposa y de sus hijos aterrados. Como lo dictaba la costumbre, y en ausencia de los hermanos mayores que estudiaban en la capital, llevaba el ataúd Vladímir Ilich, un adolescente de quince años y medio que, detrás de la máscara impenetrable forjada por una educación estricta, estaba totalmente conmocionado.

La familia, muy afectada, debió vivir de una pequeña pensión y subalquilar algunas habitaciones de su gran vivienda. Y Vladímir –Volodia para los íntimos– tuvo que desempeñar el papel de jefe de familia mientras completaba su escolaridad, en la que siempre obtuvo la “medalla de oro”. De pronto, otro trueno sacudió ese cielo ya agitado: su hermano mayor Alexander fue arrestado por la Ojrana, la policía secreta zarista. Inspirado por los revolucionarios terroristas de la Naródnaya Volia [Voluntad del Pueblo], que habían asesinado en 1881 al zar Alejandro II, el joven estaba preparando un atentado contra Alejandro III. Su madre, desesperada, intentó salvarlo por todos los medios. Pero fue en vano. El orgulloso estudiante de química reivindicó la preparación de las bombas y, tras ser condenado, se negó a pedir gracia. Lo colgaron el 8 de mayo de 1887.

Volodia, que había nacido el 10 de abril de 1870, acababa de perder en condiciones trágicas a la figura tutelar de su padre y a la figura idolatrada de su hermano. Dieciocho meses atrás, la familia Uliánov estaba en pleno ascenso social y tenía un futuro brillante. Ahora, acusada de regicidio, quedó marginada de la buena sociedad y todo su mundo se derrumbó. Volodia nunca se recuperaría de ese doble duelo y su profundo trauma tendría consecuencias mundiales. Formidable ejemplo del efecto mariposa: por el doble aleteo de Simbirsk, el 7 de noviembre de 1917, ese mismo Volodia, ya bajo el nombre de Lenin, tomaría el poder en Rusia e instauraría allí la primera dictadura comunista y el primer régimen totalitario de la historia. Un itinerario fulgurante, que convirtió a la Unión Soviética después de 1945 en una superpotencia junto a los Estados Unidos. En 1989-1991 todo eso se derrumbaría como un castillo de naipes. Ese terremoto geopolítico arrastró en su caída a todo el sistema comunista mundial, legándole al siglo XXI la memoria de una inmensa tragedia.

EL NACIMIENTO DE UN REVOLUCIONARIO

Por el momento, Volodia apretó los dientes y terminó con éxito sus estudios secundarios. Pero en su interior, hervía. Tras la pérdida de todos sus puntos de referencia, refugiado en la propiedad familiar de Kokushkino, descubrió allí la biblioteca secreta que había formado Alexander y se sumergió en lecturas hasta ese momento prohibidas: Darwin, Marx, Ricardo y, sobre todo, una novela publicada en 1863 por el revolucionario populista Nikolái Chernyshevski, *¿Qué hacer? Los hombres nuevos*. Esos “hombres nuevos” eran los jóvenes que soñaban con una Rusia atrasada en marcha hacia una utópica sociedad perfecta. Volodia estaba fascinado por un personaje misterioso, Rajmétov, el “hombre especial” que se dedicaba día y noche en la clandestinidad a servir a su “novia”, la revolución, y que, por ella, estaba dispuesto a soportar la tortura y la muerte. A partir de esta figura novelesca,

Volodia imaginó poco a poco la trama de su vida: convertirse en el héroe que vengaría a su hermano y prepararía una revolución destinada a derribar la dinastía de los Romanov y la autocracia zarista, para instaurar el socialismo. Se consagró incansablemente a eso durante treinta años, de 1887 a 1917.

En 1889-1890, en Samara y luego en Kazán, estableció contactos con viejos militantes de la *Naródnaya Volia* y descubrió el famoso *Catecismo del revolucionario*, vademécum del profesional de la subversión, escrito por Serguéi Necháyev, el hombre que le inspiró a Dostoievski su novela *Los demonios*. Luego, enamorado de un marxismo primario, se destacó cuando en 1891-1892 los campos del Volga fueron afectadas por una terrible hambruna. Mientras toda la sociedad intentaba socorrer a los hambrientos, solo Volodia sostuvo que la hecatombe —400.000 muertos de hambre— era una buena noticia, porque desacreditaba al zar y empujaba a los mujiks a abandonar los campos e ir a las fábricas, acelerando así la industrialización, y por lo tanto, la formación de una clase obrera que derribaría al capitalismo. Sus camaradas notaban ya en él esa convicción absoluta del carácter “científico” de la doctrina marxista convertida en un fanatismo ideológico y esa falta de compasión por su prójimo que serían su marca.

Volodia aprobó sus exámenes de Derecho y, abogado sin causa, subió a la capital, donde creó, con un joven judío, Julius Márto, un pequeño grupo con un nombre pomposo: Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera. Pero la Ojrana vigilaba y, el 21 de diciembre de 1895, al alba, un comisario de policía lo sacó de la cama para arrestarlo. Primera lección de vida militante y nuevo trauma. Condenado a tres años de “deportación en Siberia”, el “noble Uliánov” partió en tren, acompañado por su familia. Llegó en mayo de 1897 a la aldea de Shushenskoie: alojado en una dacha, recibía del gobierno un pequeño salario y disponía de dos magníficos fusiles para cazar. Este ideólogo que aprendió la vida en los libros consiguió todo lo que quería y, cuando partió, sus maletas llenas de libros pesaban más de 250 kilos. Incluso mandó llamar a su “novia”, una camarada detenida

al mismo tiempo que él, la joven maestra Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya. A punto de cumplir los treinta años, se casó con ella, aunque en 1938, su camarada Trotski escribiría: “[...] puede decirse con seguridad que Vladímir mantuvo toda su vida, desde su juventud, una actitud pura con las mujeres. No hay que atribuirle a la frialdad de su temperamento ese rasgo casi espartano de su figura moral. Al contrario: el fondo de su naturaleza era apasionado. Pero lo completaba... –es difícil encontrar otra palabra– la castidad”. De hecho, su única pasión fue la revolución.

Aprovechando esa temporada pasada al aire libre, Vladímir redactó un panfleto de 650 páginas, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Bajo el seudónimo de Ilyn, vertió en él una enorme cantidad de cifras y estadísticas, innumerables cuadros, diagramas, esquemas y ecuaciones. Como buen discípulo de Marx, llenó el texto de citas tomadas de *Das Kapital* y sostenía que Rusia ya se encontraba en la etapa capitalista, y por lo tanto, en camino al socialismo. Por las necesidades de LA CAUSA, olvidaba que el 85% de la población del Imperio vivía y trabajaba en el campo y que la clase obrera era ultraminoritaria. Vladímir esperaba marcar así su irrupción espectacular en la escena revolucionaria: sin embargo, su libro fue objeto de burlas por parte de todos los economistas, incluyendo a los marxistas. Pero este texto revela su pasión por los malabarismos y las ilusiones estadísticas que provocaron los primeros grandes desastres del bolchevismo en el poder.

En marzo de 1898 se realizó en Minsk el congreso que fundó el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, el POSDR, que celebraba a los “gloriosos combatientes de la antigua Naródnaya Volia”, pero reivindicaba un socialismo democrático y reclamaba la elección de una Asamblea Constituyente. Aunque Vladímir no participó de ese acto fundador, siguió de cerca los debates internos de la Internacional Socialista, en la que el alemán Eduard Bernstein declaró en 1900: “Ningún socialista en uso de su razón sueña hoy con una victoria inminente del socialismo gracias a una revolución violenta. Ninguno

sueña con una conquista rápida del Parlamento por un proletariado revolucionario”. El cismático Bernstein abrió de este modo la crisis del “revisionismo” que, ante el aumento de la prosperidad capitalista y de la cultura democrática parlamentaria en toda Europa, obligaba a los marxistas a alinear su discurso con su práctica, democrática y reformista, o su práctica con su discurso, revolucionario y violento. Para Vladímir, fue una declaración de guerra: hizo firmar “por unanimidad” una “Protesta de los Socialdemócratas de Rusia” –¡eran diecisiete!–, que exigían “una guerra a ultranza” contra las ideas “revisionistas”. Un efecto precoz de su propensión a las posiciones más radicales destinadas a diferenciarlo de todos los demás socialistas.

LENIN, EL BOLCHEVIQUE

Al regresar de Siberia, Vladímir decidió exiliarse en el extranjero. Con excepción de algunos meses en 1906, peregrinó hasta la primavera de 1917 de Múnich a Londres, de Bruselas a París y de Praga a la residencia veraniega del escritor Máximo Gorki en la isla de Capri. A los treinta años, estaba en la plenitud de la vida: ya era casi calvo y exhibía una pequeña barba bajo sus pómulos calmosos. Era robusto y deportivo –le gustaban mucho las caminatas, la natación, la bicicleta y la caza–, le encantaba jugar al ajedrez, pero le horrorizaba perder. Planeaba crear un diario, el *Iskra* –*Chispa*–, destinado a unificar bajo su dirección a los marxistas rusos. Al instalarse en Suiza, se lo propuso a Gueorgui Plejánov, la figura tutelar del marxismo en Rusia. El encuentro fue complicado, porque a Plejánov no le gustó la arrogancia del joven, pero terminó por darle su conformidad. Sin embargo, Vladímir quedó mortificado por el desaire inicial y decidió jugar solo. Sobre todo porque el *Iskra*, difundido clandestinamente en Rusia, suscitó el entusiasmo de muchos jóvenes revolucionarios. Entonces, Vladímir decidió producir un fuerte impacto y publicó en 1902 *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, firmado

por primera vez con el seudónimo “Lenin”, en referencia a su exilio junto al río siberiano Lena. Este manifiesto está dominado por un grito del corazón: “Denos una organización de revolucionarios y sublevaremos a Rusia”.

En ese libro, desarrolló su concepto iconoclasta de la revolución y del partido. La revolución debería mostrarse violenta, radical y comunista, alejada del parlamentarismo democrático. El partido sería de un “nuevo tipo”, una vanguardia formada por “revolucionarios profesionales”, clandestino y estrictamente disciplinado, en el que los obreros serían dirigidos por intelectuales expertos en la doctrina “científica” del marxismo. Lo fundamental era asegurar que el militante se ajustara a la “línea” y su fidelidad al “Partido”, a las órdenes de un líder carismático. Lenin proclamaba además: “Lo que necesitamos es una organización militar de agentes”: definiría esto en 1920 como el “centralismo democrático”, una “disciplina casi militar”. Pero ese modelo de partido estaba en las antípodas de los partidos socialistas europeos: a través de las elecciones, sus municipalidades, sindicatos y cooperativas, esos partidos representaban los intereses de los obreros y las clases populares. El grupúsculo leninista, en cambio, solo defendía sus propios intereses: la toma del poder y su conservación, con la dirección de un líder revolucionario y sus seguidores, deseosos de aplicar la doctrina de Marx, es decir, la destrucción mediante la violencia de la sociedad “burguesa”, la supresión de la propiedad privada, la instauración de una economía planificada y la represión a los opositores. Este divorcio anunciado de una sociedad plural mostraba ya la crueldad con la que Lenin conduciría a Rusia después de 1917. Al afirmar que “el partido se fortalece depurándose”, reivindicaba incluso la eliminación política y luego física del “miembro indigno”. De este modo, se establecía el principio y la legitimación del crimen político-ideológico, característicos del Partido-Estado totalitario comunista. Por otra parte, insistía en que el programa del POSDR debía definir al futuro poder socialista como la “dictadura del proletariado”. ¡Ya la dictadura!

Lenin preparó activamente el II Congreso del POSDR para que los “iskristas” tomaran su dirección. En un primer momento, todo estuvo bien: sus insultos y sus maniobras hicieron huir a los disidentes. Pero pronto se enardeció la batalla entre los *bolcheviques* –“mayoritarios” pro-Lenin, para quienes el miembro del partido debía dedicarle toda su vida– y los *mencheviques* –“minoritarios” pro-Mártov, para quienes el partido debía abrirse a simpatizantes y aliados. La idea de Lenin era: “¡Mayoría un día, mayoría siempre!”. Sin embargo, su cinismo era tan grande que uno de sus jóvenes seguidores, León Trotski, lo denunció como un nuevo Robespierre, para quien el partido era el “aparato administrativo que debía gobernar la república de la ‘Virtud’ ortodoxa y del ‘Terror’ centralista”. Y pronto, muchos bolcheviques abandonaron la nave leninista, cuyo jefe se encontró muy aislado al frente de una minúscula fracción.

Aunque no desempeñó ningún papel en las revueltas que sacudieron a Rusia en 1905, Lenin se inspiró en ellas para privilegiar la idea de una revolución en medio de una guerra civil, insurrecciones campesinas y levantamientos de soldados y de marinos. Cuando regresó al país por algunos meses a fines de 1905, conoció allí a la joven generación revolucionaria, hombres de acción que fueron sus seguidores. Entre ellos, un tal Iósif Dzhugashvili, ya conocido bajo el seudónimo de Stalin: luego, Lenin lo apodararía “el maravilloso georgiano” y lo recomendaría para el Comité Central de la fracción bolchevique del POSDR, recreada en 1912 en Praga.

LA “DIVINA” SORPRESA

El 1° de agosto de 1914, estalló la Primera Guerra Mundial. Lenin, instalado en ese momento cerca de Zakopane, en la parte polaca de Austria-Hungría, y no la había visto venir, fue detenido como ciudadano ruso y, por lo tanto, enemigo. Si hubiera permanecido hasta 1918 en un campo de prisioneros, nunca se habría vuelto a oír de él. Pero los socialistas austríacos lo hicieron liberar una semana más

tarde y huyó a Suiza, donde la guerra se revelaría como una “divina sorpresa”. En un primer momento, Lenin asistió alarmado al desmoronamiento de la doctrina marxista: en vez de manifestar su solidaridad contra la guerra, según el eslogan de Marx: “Proletarios de todos los países, uníos”, los socialistas europeos se unieron a sus propios gobiernos en el seno de la Unión Sagrada. El sentimiento nacional y patriótico primó por sobre el principio de clase. Furioso, Lenin extrajo dos conclusiones: por un lado, la Segunda Internacional –socialista– había traicionado y por lo tanto era preciso crear una Tercera, esta vez comunista; por otro lado, había que aprovechar el hecho de que millones de hombres estuvieran en armas para llamarlos a “transformar la guerra imperialista en guerra civil”, de la que saldría la revolución comunista. Mientras tanto, refugiado en Zúrich, alejado de Rusia, vivía en la pobreza y deprimido. En enero de 1917, llegó a declarar: “Nosotros, los viejos, quizá no veamos las luchas decisivas de la revolución inminente”.

Pero el 15 de marzo, llegó la noticia más inesperada: la abdicación del zar Nicolás II, que provocó el desplome del régimen y abrió una crisis mayor. Su odio por los Romanov, su profundo resentimiento contra la sociedad “burguesa”, en la que no había podido encontrar su lugar, y su pasión revolucionaria eran tan grandes que, para volver a Rusia, Lenin no dudó en apelar a los servicios secretos alemanes, que se sintieron felices de fletarle al enemigo a ese agitador acompañado por decenas de “camaradas”.

Después de atravesar Alemania y luego Suecia en un tren especial despachado por el Reich, Uliánov llegó a Petrogrado el 17 de abril y lanzó de inmediato una violenta campaña contra el gobierno provisional y contra el Sóviet de Petrogrado, de mayoría menchevique y socialista-revolucionaria. Llamó a la fraternización en el frente, a la toma del poder por una república de los sóviets y a la nacionalización de las tierras, mientras que los bolcheviques crearon su milicia armada, los guardias rojos. Al principio, todos se burlaban de él, pero pronto aprovechó un desastre militar del ejército ruso para intentar una toma de

armas en Petrogrado, los días 17 y 18 de julio. Resultó un fracaso: el Partido Bolchevique fue reprimido, Lenin huyó a Finlandia y luego desapareció en la clandestinidad.

Su futuro político parecía haberse arruinado. Sin embargo, la crisis revolucionaria se convirtió en anarquía, en el ejército, en las fábricas, en el campo y entre las nacionalidades no rusas ávidas de conquistar su independencia. A mediados de septiembre, el jefe de gobierno, Alexándr Kérenski, celoso del jefe del estado mayor Kornílov, planeó un falso golpe de Estado contrarrevolucionario y repuso a los bolcheviques. Proclamó la república, legitimada por la elección por sufragio universal de una Asamblea Constituyente realizada el 25 de noviembre, pero Lenin no estaba conforme. Debía tomar imperativamente el poder antes de esa fecha: le ordenó a su partido que preparara la toma de armas decisiva, según el modelo del famoso revolucionario francés Auguste Blanqui.

LA “DICTADURA DEL PROLETARIADO”

Durante la noche del 6 de noviembre, 6000 guardias rojos y los marinos amotinados de la base naval de Kronstadt ocuparon Petrogrado. El 7 a la mañana, Lenin proclamó el poder de los bolcheviques con un Consejo de Comisarios del Pueblo –Sovnarkom– que presidía. Instauró la “dictadura del proletariado”: “La dictadura es un poder que se apoya directamente en la violencia y no está sometido a ley alguna. La dictadura revolucionaria del proletariado es un poder conquistado y mantenido mediante la violencia que el proletariado ejerce sobre la burguesía, un poder que no está sometido a ley alguna”. En realidad, un partido único que pronto fue rebautizado “comunista” –en referencia a la doctrina radical del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx de 1848– se apoderó del Estado y sentó las bases del régimen totalitario. Y la “dictadura del proletariado” no fue más que la dictadura de ese partido.

El Sovnarkom publicó inmediatamente un decreto sobre la paz, que llamaba a detener los combates, y un decreto sobre la tierra, que apoyaba la toma de propiedades por parte de los campesinos. Lenin provocó la ruina de los dueños y las clases medias al anular los préstamos zaristas e incautar en los bancos el contenido de las cajas de seguridad de los particulares. Instauró una economía administrada y planificada, y no toleró ninguna oposición. Le declaró la guerra a Ucrania, que aspiraba a la independencia, y el 20 de diciembre creó la Checa –Comisión Extraordinaria de Lucha contra la Contrarrevolución, la especulación y el sabotaje, que luego sería se llamaría GPU, NKVD y KGB–, el órgano del terror de masas utilizado como medio principal de gobierno. Nombró como su jefe a Félix Dzerzhinski, “nuestro Fouquier-Tinville” (el fiscal del Tribunal Revolucionario que, de abril de 1793 a julio de 1794, envió a 2500 personas a la guillotina). La Checa, brazo armado del Partido, que actuaba con total impunidad, llegó a tener hasta 280.000 hombres en 1921 y desempeñó un papel decisivo en el transcurso de la guerra civil y, más tarde, en el mantenimiento de los comunistas en el poder.

Sin embargo, el jefe bolchevique no pudo impedir que se reuniera, el 18 de enero de 1918, la Asamblea Constituyente en Petrogrado: allí, los bolcheviques eran muy minoritarios –9 millones de electores sobre 40 millones–, pero quisieron imponer una “Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador”, un verdadero programa comunista. La Asamblea lo rechazó. Entonces, Lenin dio la orden de disolverla por la fuerza. El 19 de enero, guardias rojos y regimientos bolcheviques impidieron toda reunión: fue el asesinato de la democracia rusa y la señal de una guerra civil extraordinariamente violenta, que duraría casi cuatro años. En ella, se enfrentaron los Rojos y los Blancos, un conglomerado de fuerzas políticas antibolcheviques, desde los nostálgicos del zarismo hasta los anarquistas, pasando por todo el espectro de demócratas y socialistas. Pero también se enfrentaban allí los Rojos con los obreros de las ciudades, cuya situación se agravaba día tras día, y sobre todo con los campesinos

–los Verdes–, cuyas cosechas eran secuestradas por los bolcheviques con las armas en la mano bajo el pretexto de “requisiciones”. Sobre todo cuando el régimen acababa de establecer la conscripción para crear el Ejército Rojo, un ejército de guerra civil encargado, según Lenin, de garantizar la protección de su dictadura y llevar la revolución comunista al extranjero.

Quedaba un enorme problema: Rusia seguía en guerra con Alemania y Austria-Hungría, que, tras interminables negociaciones, llevaron a cabo en febrero de 1918 un ataque fulminante y obligaron a Lenin a firmar, el 3 de marzo de 1918, el Tratado de Brest-Litovsk: Rusia debía aceptar las independencias ucraniana, finlandesa y báltica, y perder 800.000 km² así como el 26% de su población, el 32% de su producción agrícola, el 23% de su producción industrial y el 75% del carbón y del hierro. Fue un enorme desastre nacional, que encendió la guerra civil. Pero a Lenin no le importaba.

Gracias a los alemanes, conservó su poder, que trasladó en marzo a Moscú, al Kremlin, e impuso una política contra grupos sociales enteros, que iba desde la privación de derechos, incluido el derecho a alimentarse, de acuerdo con el eslogan “El que no trabaja, no come”, hasta el exterminio simple y llano con su orden de marzo de 1918: “Muerte a los kulaks”, los campesinos que se negaban a ser saqueados. Inauguró el principio de exterminio masivo de categorías completas: opositores políticos, aristócratas, burgueses, propietarios de inmuebles, oficiales, cosacos, religiosos, etc. Instauró el “comunismo de guerra”, que convirtió al Partido Bolchevique en el propietario de todos los bienes y prohibió todo comercio privado. En julio de 1918, una “Constitución” estableció que “el Partido Comunista dirige, comanda y domina todo el aparato de Estado”. Se prohibió toda la prensa no bolchevique y el poder impuso su propaganda omnipresente.

Esta política provocó reacciones, algunos jefes comunistas fueron asesinados y Lenin fue víctima de un atentado. Los bolcheviques reaccionaron con una extrema crueldad: en el otoño de 1918, se fusiló a más de 15.000 personas, en muchos casos rehenes encerrados en

los primeros campos de concentración —el origen del gulag—, es decir, muchas más que las 6321 ejecuciones por motivos políticos entre 1825 y 1917. La guerra civil instauró una cultura de la crueldad que le permitió al poder seleccionar a los “hombres más duros” que reclamaba su jefe y que se convertirían en los dirigentes soviéticos a lo largo de medio siglo. Y aunque los bolcheviques ganaron en 1920 la guerra contra los Blancos, mal dirigidos, mal armados y dispersos, debieron enfrentar innumerables insurrecciones campesinas, mientras el “comunismo de guerra” arruinó la industria, el comercio y la moneda, y llevó al país al desastre.

Instalado en el Kremlin, en un modesto apartamento, con su fiel Krúpskaya, Lenin vivía su vida habitual de pequeñoburgués burócrata: presidía las reuniones del Sovnarkom y del Politburó, leía una gran cantidad de informes, recibía a muchos dirigentes, a menudo daba órdenes de todo tipo por telegrama, escribía artículos y discursos, en los que explicaba su política, y combatía a sus enemigos tanto rusos, como extranjeros. Desarrolló en particular una violenta polémica contra el líder socialista alemán Karl Kautsky, el “renegado”, que en 1918 había criticado la “dictadura del proletariado” desde un punto de vista marxista. A veces realizaba mítines en fábricas o partía al campo para descansar. Una vez vivió una singular aventura: su Rolls-Royce, “requisado”, fue asaltado por unos bandidos, pero logró salir indemne.

EL PRIMER RÉGIMEN TOTALITARIO

En marzo de 1921, Lenin enfrentó una crisis mortal. Contaba con una revolución comunista europea que reafirmara su poder y había creado a tal efecto en 1919-1920 la Tercera Internacional, el Komintern, concebida como un partido comunista mundial formado por secciones nacionales: por ejemplo, la Sección francesa de la Internacional Comunista, el futuro Partido Comunista francés. Pero la revolución mundial se hizo esperar, sobre todo después del fracaso de

la revolución comunista de Béla Kun en Hungría en 1919 y la derrota del Ejército Rojo ante Polonia en el verano de 1920. Se desmoronaron todos sus castillos en el aire, sobre todo con la revuelta de los marinos de Kronstadt, que, en nombre de los sóviets, impugnaban el poder bolchevique. La isla fue tomada por asalto por el Ejército Rojo y cayó tras diez días de encarnizados combates, que provocaron 10.000 muertos y unos mil heridos y prisioneros fusilados en el acto, 2103 condenados a muerte y 6500 deportados a campos de concentración, mientras que 8000 habitantes huyeron hacia Finlandia. De este modo, fueron aplastados los proletarios opuestos a la “dictadura del proletariado”. Su jefe, pragmático, comprendió que era necesario soltar lastre.

En el X Congreso del Partido que se estaba realizando en ese mismo momento, Lenin impuso la NEP, la Nueva Política Económica: reemplazó el pillaje de las cosechas por un impuesto en especie fijado de antemano, que debían pagar los campesinos, restableció la libertad del comercio interior y otorgó concesiones a empresarios privados contra entrega al Estado de una parte de su producción. Eso significaba reconocer el fracaso total del “comunismo de guerra”. La ideología marxista había sido derrotada por la realidad. Como contrapartida, Lenin reforzó la disciplina del Partido y prohibió las fracciones, es decir, toda discusión interna. El “aparato”, el conjunto de los militantes “permanentes” pagados por el Partido, tenía un poder total, bajo la autoridad del Buró político. Su Secretaría era el corazón del poder: Stalin fue nombrado a principios de 1922 secretario general del Partido. El jefe supremo, cuyo culto público ya era muy fuerte, podía disminuir la presión sobre la economía, pero intensificó el control de la dirección sobre el aparato, del aparato sobre el Partido y del Partido sobre la sociedad. Toda expresión de pluralismo estaba llamada a desaparecer y la unanimidad se convirtió en regla: se instaló el sistema totalitario. Se basaba en el monopolio político del partido único convertido en Partido-Estado y de su jefe carismático, en el monopolio ideológico marxista-leninista en todos los ámbitos de expresión –prensa, enseñanza, artes, etc.–, y en el monopolio de

las riquezas, tanto como de la producción y de la distribución de todos los bienes materiales. A esto se agregaba el terror de masas como medio de gobierno y de fortalecimiento del poder.

Pero la NEP llegó demasiado tarde. La región de Tambov se rebeló: el 27 de abril de 1921, enviaron allí al Ejército Rojo, con artillería, aviones y gas de combate. La “pacificación” duró meses y su crueldad estuvo simbolizada por esta orden del 11 de junio: “1. Fusilar en el acto sin juicio a todo ciudadano que se niegue a dar su nombre”. El resto era del mismo tenor: privilegiaba la responsabilidad colectiva de las familias y la ejecución del mayor de las familias de bandidos. Terminaba así: “7. Aplicar el presente orden del día rigurosamente y sin piedad”. “¡Nada de piedad!”: este era el grito de guerra de los bolcheviques a partir de 1917 y así quedó hasta la muerte de Stalin.

Por último, y sobre todo, una gigantesca hambruna comenzó en la primavera alrededor del Volga, provocada tanto por los decomisos forzados, como por los cálculos groseramente erróneos de la cosecha de granos establecidos por el Gosplan –la Dirección de Planificación Central–, en los que se basaba el Politburó para fijar las cuotas de entregas de los campesinos. Este delirio estadístico, vinculado al voluntarismo utópico de Lenin y disfrazado con una propaganda engañosa, fue una de las grandes características del sistema de producción comunista. La hambruna provocó canibalismo, duró hasta 1923 y afectó a 30 millones de personas, de las que alrededor de 5 millones murieron de hambre. Terminó por destruir la resistencia campesina. Stalin aprendió esta lección y la usó para destruir a Ucrania en 1932.

El fiasco de la NEP y la hambruna fueron golpes duros para Lenin. La realidad resistía a su voluntad y la imagen de la Revolución Bolchevique quedaba oscurecida por esos millones de muertos, que se agregaban al caos sangriento de la guerra civil. Mil días después de su toma del poder, obligado a estar todo el tiempo sobre el puente y en la maniobra, estaba agotado. En julio de 1921, le escribió a Gorki: “Estoy tan cansado que ya no puedo hacer absolutamente nada”. De hecho, en el verano de 1921 el Politburó le ordenó tomarse unas

largas vacaciones. A principios de 1922, estaba *burn-out*, bajo el efecto de un intenso estrés. Incapaz de asistir a las reuniones, reposaba en sus habitaciones o en el campo.

Sin embargo, se resistía a descansar. Del 10 de abril al 19 de mayo de 1922, se reunió en Génova una conferencia internacional encargada de restablecer los circuitos monetario, financiero y económico. Invitaron allí a la Rusia bolchevique y Lenin aprovechó para negociar con la República de Weimar un tratado de reconocimiento mutuo. Al hacerse público en Rapallo el 16 de abril, ese tratado le permitió sentar las bases de una cooperación militar secreta con la Reichswehr, que, contra las cláusulas del Tratado de Versalles, reconstruiría clandestinamente en la Unión Soviética su poder –formación de sus oficiales, experimentación de nuevos materiales (tanques, cazabombarderos, paracaídas) y nuevas tácticas ofensivas –, y esto le permitiría vencer a Polonia y a Francia en 1939-1940..., antes de volverse contra Moscú en 1941. Lenin logró torpedear así el Tratado de Versalles y “exacerbar las contradicciones interimperialistas”. Una maniobra extraordinaria: ya no estaba solo y había logrado romper el frente de potencias que estaba en su contra.

Valiéndose de este éxito, decidió liquidar los últimos polos de resistencia y, en primer lugar, a la Iglesia ortodoxa. Un decreto del 26 de febrero de 1922 ordenó la “confiscación inmediata en las iglesias de todos los objetos valiosos de oro o plata y de todas las piedras preciosas, que no sirvan directamente para el culto”. Con un formidable cinismo, Lenin utilizó el pretexto de la hambruna para arruinar a la Iglesia, tratando de vender sus bienes en el exterior para restablecer las finanzas del país. Estas operaciones de confiscación provocaron muchos incidentes con los fieles. Como reacción, el 19 de marzo, Uliánov le impartió sus órdenes al Politburó: “Estrictamente secreto. [...] Tenemos noventa y nueve por ciento de probabilidades de asestarle un golpe mortal al enemigo en la cabeza con un éxito total, y de garantizarnos posiciones esenciales para nosotros en las próximas décadas. Con todas esas personas hambrientas que se alimentan con carne humana, con los caminos llenos de centenares, de miles de cadáveres, ahora y

solo ahora podemos (y por lo tanto, debemos) confiscar los bienes de la Iglesia con una energía feroz, despiadada. [...] Todo indica que no alcanzaremos nuestros objetivos en otro momento, porque solo la desesperación generada por el hambre puede provocar una actitud benévola, o por lo menos neutra, de las masas hacia nosotros”. Inmediatamente después, miles de sacerdotes, monjes y monjas fueron asesinados por la Checa.

ÚLTIMAS CRUELDADES

El 25 de mayo de 1922, a los cincuenta y dos años, Lenin sufrió un ataque cerebral. A partir de ese momento, su comportamiento estuvo guiado por la angustia de desaparecer antes de haber liquidado a sus últimos enemigos: los socialistas-revolucionarios (S-R) y los intelectuales. Para organizar el juicio contra los líderes S-R, era necesario elaborar un código penal *ad hoc* y se dedicó a eso: “Creo que lo esencial está claro. Hay que establecer abiertamente el principio, justo en lo político –y no solamente en términos estrictamente jurídicos–, que motiva la esencia y la justificación del terror, su necesidad y sus límites. El tribunal no debe suprimir el terror: decir esto sería mentir o mentirse. Debe fundamentarlo, legalizarlo en los principios, claramente, sin hacer trampas, ni disfrazar la verdad. La formulación debe ser lo más abierta posible, porque solo la conciencia legal revolucionaria y la conciencia revolucionaria crean las condiciones de aplicación en los hechos”. Ese “código” fue redactado en pocos días y definía como crimen contrarrevolucionario todo acto “tendiente a abatir o a debilitar el poder”. El juicio a los S-R se llevó a cabo del 6 de junio al 7 de agosto de 1922: fue el primer gran proceso-espectáculo trucado de la era comunista y terminó con once condenas a muerte de revolucionarios muy conocidos. Stalin también se inspiró en estos juicios.

Luego, Lenin atacó a los intelectuales. El 6 de junio se creó el Glavlit –la Dirección Central encargada de los asuntos de la literatura

y la prensa—, que legalizó la censura sobre todas las publicaciones durante tres cuartos de siglo. Celoso de las verdaderas personalidades científicas, Lenin exigió que se preparara su expulsión y elaboró su lista de indeseables: profesores universitarios, arqueólogos, físicos, ingenieros, escritores y “una lista especial de miembros antisoviéticos de la *intelligentsia* de Petrogrado”. En la noche del 16 al 17 de agosto, un primer grupo de 160 de ellos, la mayoría, muy conocidos, fueron arrestados: 35 de ellos y sus familias fueron embarcados por la fuerza el 29 de septiembre en un navío y enviados sin aviso a un puerto prusiano. Solo pudieron llevar un poco de ropa y, crueldad suprema, confiscaron sus libros y sus archivos. Además, los obligaron a firmar un documento que estipulaba que, en caso de regresar a la Unión Soviética, serían inmediatamente fusilados.

El 13 de noviembre, haciendo un enorme esfuerzo, Lenin pronunció su último discurso público. Luego, entre el 24 de noviembre y el 2 de diciembre, sufrió cinco ataques cerebrales. El estado desastroso del líder bolchevique concordaba con una Rusia exangüe. A los 2,5 millones de muertos y desaparecidos de la Gran Guerra se agregaron, por la guerra civil y el comunismo de guerra, 2 millones de víctimas de masacres y combates, 5 millones de muertos por hambre, 2 millones de muertos por tifus y 2 millones de emigrados, a menudo provenientes de las élites. La clase obrera, que supuestamente dirigía la Unión Soviética, quedó reducida a un millón de activos. El verdadero poder estaba en manos de un Partido Comunista que contaba con 750.000 miembros: a fines de la década del 20, nueve de cada diez afiliados no superaban el nivel de la instrucción primaria.

FINAL DE JUEGO

El 13 de diciembre, los médicos de Lenin anotaron: “Tiene ataques paralizantes todos los días. Esta mañana sufrió una parálisis en su cama y otra durante su baño. Vladímir Ilich está abatido y consternado por

el deterioro de su estado”. El 22 de diciembre, otro ACV lo dejó muy debilitado, hasta el punto de que debió reaprender a hablar y a escribir. Postrado en la cama, solo su cabeza seguía pensando, siempre en política. Pasó revista a sus sucesores y destacó al “camarada Stalin [que], al convertirse en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder ilimitado, y no estoy convencido de que pueda seguir ejerciéndolo con bastante circunspección”. ¡Qué confesión sobre la dimensión totalitaria del Partido-Estado, y qué ingenuidad creer que un poder ilimitado pudiera ser manejado “con circunspección”! Luego se ocupó del “camarada Trotski que [...] es quizás el hombre más capaz del actual Comité Central. Pero peca por exceso de confianza en sí mismo y un exagerado entusiasmo por el aspecto puramente administrativo de las cosas”. ¡Como si el “exceso de confianza en sí mismo” no hubiera sido desde 1900 la marca misma de Lenin! En cuanto al “aspecto puramente administrativo”, era un concepto realista de la burocratización excesiva que tenía el poder soviético y del que él era el principal responsable.

El 4 de enero de 1923, dictó: “Stalin es demasiado brutal y ese defecto, perfectamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, comunistas, ya no lo es en las funciones de secretario general. Les propongo entonces a los camaradas estudiar una manera para remover a Stalin de ese puesto y nombrar en su lugar a otra persona, que solo debería tener sobre el camarada Stalin la ventaja de ser más tolerante, más leal, más delicado y más atento hacia los camaradas, de humor menos caprichoso, etc.

”Estos rasgos pueden parecer solo un ínfimo detalle. Pero a nuestro juicio, para preservarnos de la escisión y teniendo en cuenta lo que escribí más arriba sobre la relación entre Stalin y Trotski, no es un detalle, o bien es uno que puede llegar a tener una importancia decisiva”.

Mientras que en 1917 llamaba a la guerra civil y en 1918 exigía “personas más duras”, de pronto, Lenin consideraba que su “maravilloso georgiano” era demasiado “brutal”. Sin embargo, esta era la razón por la cual lo había promovido al Comité Central en 1912, luego al Sovnarkom y al Politburó en 1917, y finalmente, en 1922, a la secretaría

general. Pero ahora ya no estaba en condiciones de oponerse a su dominio ineludible.

El 7 de marzo de 1923, un nuevo ataque dejó a Lenin definitivamente fuera de juego: lejos de las estampas embellecidas y las fotos retocadas de la propaganda soviética, los archivos secretos abiertos después de 1991 muestran a un hombre destrozado, aturdido, en silla de ruedas, que parecía de noventa años. Tenía apenas cincuenta y tres cuando falleció, el 21 de enero de 1924.

ENTIERRO Y MORALEJA DE LA FÁBULA

Tan cínico como su mentor, Stalin se dedicó a organizar un funeral grandioso y mandó embalsamar su cuerpo para exhibirlo en un mausoleo sobre la plaza Roja, para ser adorado por los pueblos de la Unión Soviética y los comunistas de todo el mundo. Lenin había muerto y Stalin inauguró su culto –al que asoció su propia persona–, que deslumbraría al siglo xx. Sobre todo cuando en 1956 Nikita Jruschov hizo caer de su pedestal al “malvado” Stalin para honrar mejor al “buen” Lenin. Sin embargo, el discípulo no había hecho más que perpetuar a su maestro.

BIBLIOGRAFÍA

Alain Besançon, *Les origines intellectuelles du léninisme*, Calmann-Lévy, 1977.

Stéphane Courtois (dir.), *Dictionnaire du communisme*, Larousse, 2007.

—, *Lénine, l'inventeur du totalitarisme*, Perrin, 2017.

Yolène Dilas-Rocherieux, *L'Utopie ou la mémoire du futur. De Thomas More à Lénine, le rêve d'une autre société*, Robert Laffont, 2000.

Orlando Figes, *La Révolution russe, 1891-1924. La tragédie d'un peuple*, Denoël, 2007.

Richard Pipes, *The Unknown Lenin: From the Secret Archive*, Yale University Press, 1996.

Robert Service, *Lénine*, Perrin, 2012.

Nikolaï Tchernychevski, *Que faire? Les hommes nouveaux*, prefacio de Yolène Dilas-Rocherieux, Éditions des Syrtes, 2000.

Dimitri Volkogonov, *Le vrai Lénine*, Robert Laffont, 1995.

Nicolas Werth, “Un pouvoir contre son peuple”, en S. Courtois, N. Werth et alii, *Le Livre noir du communisme. Crimes, terreur et répression*, Robert Laffont, 1997.

